

de ir luego allá, ¿qué será ahora, que está abierta, y en estando el ánima purgada luego va á gozar de Dios?

CAPITULO XX.

De algunas razones y motivos por los cuales podemos desear la muerte licita y santamente.

Para que mejor y con mas perfeccion nos conformemos con la voluntad de Dios, asi en la muerte como en la vida, pondremos aquí algunos motivos y razones por las cuales se puede desear el morir, para que escojamos la mejor. La primera razon por la cual se puede desear la muerte, es por huir los trabajos que trae consigo esta vida: porque, como dice el Sábio, "mejor es la muerte que la vida amarga y trabajosa (1)." De esta manera vemos que los hombres del mundo desean muchas veces la muerte, y la piden á Dios, y lo pueden hacer sin pecado; porque, al fin, son tantos y tales los trabajos de esta vida que es licito desear la muerte por huirlos. Una de las razones que dan los Santos (2) por que Dios dió tantos trabajos á los hombres, fué porque no se casasen tanto con el mundo, ni amasen tanto esta vida, sino que pusiésemos nuestro corazon y nuestro amor en la otra, y suspirásemos por ella, "donde no habrá lloro ni dolor (3)." San Agustín dice (4) que Dios nuestro Señor, por su infinita bondad y misericordia, quiso que esta vida fuese breve y se acabase presto, porque es trabajosa; y que la otra, que esperamos, fuese eterna, para que el trabajo durase poco, y el gozo y descanso para

(1) Melior est mors, quam vita amara. *Ecl.* XXX, 17.

(2) Aug. l. 2, contra II, *epist. Gaudentii*, c. 22, tom. 7.

(3) Ubi non erit luctus, neque clamor, neque dolor erit ultra. *Apoc.* XXI, 4.

(4) Aug. *serm.* 37 de Sanctis, qui est sermo primus in festo omnium Sanctorum.

siempre. San Ambrosio dice (1): «Está tan llena de males y trabajos esta vida, que si Dios no nos diera la muerte en castigo, se la pidiéramos por misericordia y por remedio,» para que se acabaran tantos males y trabajos. Verdad es, que muchas veces los hombres del mundo pecan en esto, por la impaciencia con que toman los trabajos, y por la manera con que piden á Dios la muerte, con quejas é impaciencias; mas si se la piden con paz y con sujecion: «Señor, si sois servido, sacadme de estos trabajos, bástame lo que he vivido;» no seria pecado.

Lo segundo, se puede desear la muerte con mas perfeccion por no ver los trabajos de la Iglesia y las ofensas continuas que se hacen contra Dios, como vemos que la deseaba el Profeta Elías, viendo la persecucion de Acab y Jezabel, y que habian destruido los altares y muerto todos los Profetas de Dios, y que andaban en busca de él para lo mismo; abrasado de celo de la honra de Dios, y viendo que no lo podia él remediar, váse por esos desiertos, y sentándose debajo de un árbol, deseó morir y dijo: «Bástame, Señor, lo que he vivido; sacadme ya de esta vida, para que no vea tantos males ni tantas ofensas vuestras (2).» Y aquel valeroso capitan del Pueblo de Dios, Judas Macabeo, decia: «Mas vale morir, que ver tantos males y tantas ofensas de Dios (3);» y con esto exhortaba y animaba á los suyos á pelear. Y del bienaventurado San Agustín leemos en su vida, que pasando los vándalos de España á Africa, destruyéndola toda, no perdonando á hombre, ni á mujer, ni á

(1) Tantis malis hanc vita repleta est, ut comparatione ejus, mors remedium putetur esse, non poena. *Ambr. serm. sup. cap. 7. Job.*, tom. 2.

(2) Petivit animae suae ut moreretur, et ait. sufficit mihi, Domine, tolle animam meam, neque enim melior sum quam patres mei. *III. Reg. XIX*, 4.

(3) Melius est nos mori in bello, quam videre mala gentis nostrae, et sanctorum. *II. Mach.* III, 59.

clérigos, ni á legos, ni á viejos, llegaron á la ciudad de Hipona, de donde era él obispo, y cercaronla en rededor con mucha gente; y viendo San Agustín tan gran tribulacion, y las iglesias sin clérigos, y las ciudades y los moradores de ellas destruidos, lloraba amargamente en su vejez. Y juntando sus clérigos, les dijo: «Rogué al Señor, que, ó nos librase de estos peligros, ó nos diese paciencia, ó me sacase de esta vida, porque no vea tantos males, y el Señor háme otorgado lo tercero.» Y luego enfermó, al tercer mes del cerco, de la enfermedad de que murió. Y de nuestro bienaventurado P. S. Ignacio, leemos en su vida (1) otro ejemplo semejante. Esta es perfeccion de Santos, sentir tanto los trabajos de la Iglesia y las ofensas que se hacen contra la Magestad de Dios, que no lo pueden sufrir, y asi desean la muerte por no ver tanto mal.

Otra causa y razon hay tambien muy buena, y de mucha perfeccion, para desear y pedir á Dios la muerte, que es por vernos ya libres y seguros de ofenderle. Porque cierto es que mientras estamos en esta vida no hay seguridad, sino que podemos caer en pecado mortal, y sabemos que otros mas aventajados que nosotros, y que tenian grandes dones de Dios, y que verdaderamente eran Santos y grandes Santos, han caido. Esta es una de las cosas que mas hace temer á los siervos de Dios, y por la cual desean salir de esta vida, á trueque de no pecar. Aun no haber nacido, ni haber sido, puede uno desear, cuanto mas morir: porque mayor mal es el pecado, que el no ser; y mejor fuera no ser, que haber pecado. Cristo nuestro Redentor dijo del que le habia de vender: «mas le valiera no haber nacido (2).» Y San Ambrosio declara á este

(1) Lib. 4, c. 16 *vitae S. P. N. Ignatii*.

(2) Bonum erat ei, si natus non fuisset homo ille. *Math.* XXVI, 24.

propósito aquello del Eclesiastés: «Alabé mas á los muertos que á los vivos; y por mas dichoso que á estos tuve al que nunca nació (1);» dice San Ambrosio: «El muerto se prefiere al vivo, porque ya ha dejado de pecar, y al muerto se prefiere el que no ha nacido, porque nunca supo pecar (2).» Y así será muy buen ejercicio actuarnos muchas veces en la oracion en estos actos: «Señor, no permitais que me aparte yo jamas de Vos (3): Señor, si os tengo de ofender, llevadme luego antes que os ofendá, que yo no quiero la vida sino para serviros, y si no os tengo de servir con ella, no la quiero.» Este es un ejercicio muy agradable á Dios, y muy provechoso para nosotros, porque aqui hay ejercicio de dolor y aborrecimiento del pecado; aqui hay ejercicio de humildad; aqui hay ejercicio de amor de Dios; aqui hay una peticion de las mas agradables que podemos pedir á Dios. De San Luis, rey de Francia, se cuenta que le decia algunas veces su santa madre la reina doña Blanca: «querria, hijo mio, antes verte muerto delante de mis ojos, que con algun pecado mortal.» Y agradó á Dios tanto este deseo y esta bendicion que le echaba, que se dice de él que en toda su vida no hizo pecado mortal. Eso mismo podrá ser que obre en vos ese deseo y peticion.

Y mas, no solo por evitar los pecados mortales, sino por evitar los veniales de que estamos llenos en esta vida, es bueno desear la muerte. Porque el siervo de Dios ha de estar determinado, no solo de antes morir que hacer un pecado mortal, sino de morir antes que decir una mentira, que es un pecado venial; y el que por eso muriese

(1) Et laudavi magis mortuos, quam vivos, et feliciorum utroque judicavi, qui necdum natus est. *Ecl.* IV, 2.

(2) Mortuus praefertur viventi, quia peccare desivit: mortuo praefertur qui natus non est, quia peccare nescivit. *Ambros. serm.* 18, sup. *Ps.* 118.

(3) Domine, ne permittas me separari a te.

seria mártir (1). Pues cierta cosa es que, si vivimos, habemos de hacer muchos pecados veniales; porqué, como dice la Escritura, "siete veces caerá el justo (2)," quiere decir, muchas veces; y mientras mas viviere, mas veces caerá. Y no solo por evitar los pecados veniales desean los siervos de Dios salir ya de esta vida, sino por verse libres de tantas faltas é imperfecciones, y de tantas tentaciones y miserias como cada día experimentan. Dice muy bien aquel Santo (3): «¡Oh Señor, y qué padezco, cuando pensando en la oracion cosas celestiales, se me ofrece un tropel de cosas carnales! ¡Ay! qué tal es esta vida donde nunca faltan tribulaciones y miserias; todas las cosas están llenas de lazos y de enemigos: en partiéndose una tribulacion, viene otra, y aun antes que se acabe el combate de una, sobrevienen otras muchas no pensadas. ¿Cómo puede ser amada vida tan llena de tantas amarguras, sujeta á tantos casos y miserias? ¿cómo se puede llamar vida la que engendra tantas muertes y pestilencias?» De una grande santa se lee que solia decir que, si pudiese escoger alguna cosa, no escogeria otra sino la muerte; porque por medio de ella el alma se halla sin temor de nunca mas hacer cosa que sea impedimento del puro amor. Y aun parece de mas perfeccion el desear salir de esta vida por evitar los pecados veniales y las faltas é imperfecciones, que por evitar los mortales; porque eso de los mortales, puede ser que lo haga uno mas por temor del infierno y por su propio amor y provecho, que por amor de Dios; mas tener tanto amor de Dios, que desee la muerte por no hacer pecados veniales, ni faltas é imperfecciones, es gran pureza de intencion y cosa de grande perfeccion.

(1) S. Thom. 2-2, q. 124, art. 5, ad 2.
 (2) Septies enim cadet justus. Prov. XXIV, 16.
 (3) Thomas de Kempis.

Pero dirá alguno: «por satisfacer por mis culpas y defectos, desear yo vivir:» á esto digo que, si viviendo mas, desquitásemos siempre de lo pasado, y no añadiésemos nuevas culpas, bueno seria eso; pero si no solo no desquitis, sino añadís, y mientras mas vivís, teneis mas de que dar cuenta á Dios, no será esa buena respuesta. Dice muy bien San Bernardo: «¿Por qué deseamos tanto esta vida, en la cual, cuanto mas vivimos, tanto mas pecamos (1)?» Y San Gerónimo dice: «¿Qué diferencia pensais que hay entre el que muere mozo y el que muere viejo, sino que el viejo va mas cargado de pecados que el mozo y tiene mas de que dar cuenta á Dios (2)?» Y asi, toma San Bernardo otra resolucion mejor en esto, y dice con su mucha humildad unas palabras que las podemos nosotros decir con mas verdad: «Tengo vergüenza de vivir por lo poco que aprovecho, y temo de morir porque no estoy preparado; pero con todo eso, mas quiero morir y encomendarme á la misericordia de Dios, pues es benigno y misericordioso, que escandalizar á mis hermanos con mi vida tibia y floja (3).» Esta es buena resolucion. El P. maestro Avila decia que cualquiera que se hallase con mediana disposicion, debia antes desear la muerte que la vida, por razon del peligro en que se vive, que todo cesa con la muerte. Dice San Ambrosio: «¿Qué es la muerte, sino sepultura de vicios y resurreccion de virtudes (4)?»

(1) Cur ergo tantopere vitam istam desideramus, in qua quanto amplius vivimus, tanto plus peccamus; quanto est vita longior, tanto culpa numerosior? Bernard. c. 2. meditationum.

(2) Hieron. Epist. ad Heliodor.
 (3) Vivere erubescio, quia parum proficio; mori timeo, quia non sum paratus. Malo tamen mori, et misericordiae Dei me committere, et commendare, quia benignus, et misericors est, quam de mala mea conversatione alicui scandalum facere. Bernard. de inter. domo, c. 35.

(4) Quid est mors, nisi sepultura vitiorum, virtutum suscitatio? Ambros. de bono mortis, c. 4.

Todas estas razones y motivos son buenos para desear la muerte; pero el de mas perfeccion es el que tenia el Apóstol San Pablo, por verse ya con Cristo á quien tanto amaba (1). «¿Qué decís, San Pablo? ¿Por qué deseais ser desatado del cuerpo? ¿Por ventura, por huir los trabajos? No, por cierto, que antes esa es mi gloria (2). ¿Pues por qué? ¿por huir los pecados? Tampoco: «Estoy cierto que ni la muerte ni la vida nos podrá separar de la caridad de Dios (3).» Estaba ya confirmado en gracia y sabia que no podia perderla y asi no tenia que temer eso. Pues ¿por qué deseais tanto la muerte? Por verme ya con Cristo. De puro amor la deseaba; estaba enfermo de amor (4); y asi suspiraba por su amado, y cualquiera tardanza se le hacia larga para gozar de su presencia.

San Buenaventura pone este por último grado de amor de Dios de tres que pone (5). El primero, es amar á Dios sobre todas las cosas; amando de tal manera las cosas del mundo que por ninguna de ellas hagamos un pecado mortal, ni quebrantemos ningun Mandamiento de Dios: que es lo que dijo Cristo nuestro Redentor á aquel mancebo del Evangelio: «Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los Mandamientos (6).» Esto conviene á todos. El segundo grado de caridad es, no contentaros con guardar los mandamientos de Dios, sino añadir los consejos; que es propio de los Religiosos, que no solamente procuran lo bueno, sino lo mejor y mas perfecto, conforme á aquello de San Pablo: «Para que

(1) Desiderium habens dissolvi, et esse cum Christo. Ad Phil. I, 23.

(2) Gloriamur in tribulationibus. Ad Rom. V, 3.

(3) Certus sum enim quia neque mors, neque vita poterit nos separare a charitate Dei. Ad Rom. VIII, 38.

(4) Quia amore langueo. Cant. II, 5.

(5) D. Bonavent. , processu 6. Relig. cap. 11, 12 et 13.

(6) Si vis ad vitam ingredi, serva mandata. Matth. XIX, 17.

B. del C., tomo XIV.—I.—EJERCICIO DE PERFECCION Y VIRTUDES CRISTIANAS.—T. I.

probeis cuál sea la voluntad de Dios buena, agradable y perfecta (1).» El tercer grado de caridad, dice San Buenaventura, es cuando está uno tan encendido y abrasado en amor de Dios, que le parece que no puede vivir sin él (2); y asi desea verse ya libre y desatado de la cárcel de este cuerpo, para estarse con Cristo; está deseando que se le alce ya este destierro y se rompa y caiga ya esta pared del cuerpo que está delante y nos impide el ver á Dios. A estos tales la vida, dice, les es en paciencia, ó por mejor decir, en fastidio, y la muerte en ardiente deseo.

De nuestro bienaventurado P. San Ignacio leemos (3) en su vida, que era ardentísimo el deseo que tenia de salir de esta cárcel y prision del cuerpo, y que suspiraba su alma tanto por verse con su Dios, que pensando en su muerte no podia detener las lágrimas que de pura alegría sus ojos destilaban. Pero dícese allí que no ardia en este deseo tanto por alcanzar para sí aquel sumo bien, y descansar él con aquella dichosa vista, sino mucho mas por desear ver la gloria felicísima de la Sacratísima Humanidad del Señor, á quien tanto amaba. A la manera que suele acá un amigo gozarse de ver en gloria y honra al que ama de corazon, de esa manera deseaba nuestro Padre (4) verse con Cristo, olvidado de su interés y descanso, por puro amor; deseaba estarse gozando y regocijando de la gloria de Cristo, y dándole el parabien de ella, que es el mas alto y perfecto acto de amor que podemos tener.

De esta manera, no solo no nos será amarga la memoria de la muerte, antes nos dará mucho contento y alegría. Pasad

(1) Ut probetis quae sit voluntas Dei bona, et beneplacens, et perfecta. Ad Rom. XII, 2.

(2) Tanto affectu ad Deum aestuare, quod sine ipso quasi vivere non possis. Bonav. Ib.

(3) Lib. 5, cap. 1 vitae S. P. N. Ignatii.

(4) Ib., cap. 32.

un poco mas adelante, y considerad que de aquí á pocos dias estareis en el cielo gozando de lo que ni ojo vió, ni oreja oyó, ni puede caer en entendimiento de hombre, y todo se os convertirá en gozo y regocijo. ¿Quién no se alegra de que se acabe el destierro y se dé fin al trabajo? ¿Quién no se alegra de alcanzar y conseguir ya su último fin para que fué criado? ¿Quién no se alegra de entrar en la posesion de su herencia, y tal herencia? Pues por medio de la muerte entramos en la herencia del cielo para ver el deleite del Señor (1). No podemos entrar en la posesion de aquellos bienes eternos, sino es por medio de la muerte (2); y asi dice el Sábio que “el justo espera en su muerte (3),” porque ese es el medio y el escalon para subir al cielo, y asi ese es su consuelo en este destierro: “Cantaré y me ocuparé en vida immaculada cuando vinieres á mí (4).” Asi declara San Agustin (5) este lugar: «Mi atencion y deseo, Señor, es conservarme sin manilla toda la vida, y con este cuidado andaré siempre cantando, y la letra de mi cancion será: ¿cuándo se alzaré, Señor, este destierro? ¿cuándo vendreis por mí? ¿cuándo iré yo, Señor, á Vos? ¿cuándo me veré, Señor, con Vos (6)? ¡Oh, cómo se tarda ya esta hora! ¡Oh, qué contento y alegría será para mí cuando me digan que se llega ya (7)! Ya me imagino, como de pies, allá en compañía de los ángeles y de aquellos bienaventurados, gozando de Vos, Señor, para siempre jamás.»

(1) Ut videam voluptatem Domini. Psalm. XXVI, 4.
 (2) Cum dederit dilectis suis somnum, ecce haereditas Domini. Psalm. CXXVI, 3.
 (3) Sperat justus in morte sua. Prov. XIV, 32.
 (4) Psallam, et intelligam in via immaculata, quando venies ad me. Ps. C, 2.
 (5) Aug. trat. 9, sup. Epist. Joannis.
 (6) Quando veniam et apparebo ante faciem Dei? Ps. XLI, 3.
 (7) Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus, stantes erant pedes nostri in atriis tuis Jerusalem. Ps. CXXI, 4.

CAPITULO XXI.

En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.

Cuenta Simeon Metafraste, en la vida de San Juan Limosnero, arzobispo de Alejandria, que un hombre rico tenia un hijo que amaba mucho, y para alcanzar de Dios que le conservase la vida y salud, rogó al Santo que hiciese oracion por él, y dióle mucha cantidad de oro que distribuyese en limosna á pobres por esta intencion. Hizolo asi el Santo, y al cabo de treinta dias el hijo murió. Quedó el padre tristísimo, pareciéndole que la oracion y limosna que por él se habia hecho, habia sido en vano; y sabiendo el patriarca su tristeza, hizo oracion por él, pidiendo á Dios que le consolase. Oyó Dios su oracion, y envió una noche un santo ángel del cielo que apareció al hombre, y le dijo que supiese que la oracion que por su hijo se habia hecho Dios la habia oido, y que por ella su hijo estaba vivo y salvo en el cielo, y que le convino morir en el tiempo que murió para salvarse; porque si viviera habia de ser malo y se habia de hacer indigno de la gloria de Dios; y dijole mas, que supiese que ninguna de las cosas que acontecen en esta vida vienen sin justo juicio de Dios, aunque las causas de sus juicios sean á los hombres ocultas, y que por esto el hombre no debe dar lugar á tristeza desordenada, sino recibir con ánimo paciente y agradecido las cosas que Dios ordena. Con este aviso del cielo quedó el padre del difunto consolado y animado á servir á Dios.

En la historia Tebea (1) se cuenta una singular merced que hizo San Mauricio, capitan que fué de la legion Tebea, á una señora muy su devota. Tenia esta un hijito solo, el cual, para que con el tiempo se criase en religiosas costumbres, al fin de

(1) Histor. Thebea, lib. 2, cap. 10.

su tierna edad lo consagró en el monasterio de S. Mauricio, debajo del cuidado y gobierno de los monges, como se acostumbraba en aquellos tiempos; y lo hicieron sus padres con Mauro y Plácido y otros algunos nobilísimos romanos, en tiempo de San Benito y muchos años despues con Santo Tomás de Aquino, en el monasterio de Monte Casino, su madre Teodora y sus hermanos los condes de Aquino. Crióse en el monasterio este único hijo de esta señora en letras y costumbres y en la disciplina monástica muy bien, y ya en el coro juntamente con los monges habia comenzado á cantar suavísimamente; pero sobrevinole una calentura pequeña de la cual murió. Vino la desconsolada madre á la iglesia, y con infinitas lágrimas acompañó al muerto hasta la sepultura; pero no bastaron las muchas lágrimas á templar el dolor de la madre, ni para que dejase de ir cada dia á la sepultura á llorarle sin tasa; y mucho mas, cuando al tiempo que se decian los oficios divinos se acordaba que estaba privada de oír la voz de su hijo. Perseverando la señora en este triste ejercicio, no solamente de dia en la iglesia, sino tambien de noche en su casa, sin poder reposar, vencida una vez del cansancio se quedó dormida, y en este sueño se le apareció el santo capitan Mauricio, y le dijo: «¿Por qué, mujer, estás continuamente llorando la muerte de tu hijo sin poder poner fin á tantas lágrimas? Respondió ella: «No son poderosos todos los dias de mi vida á dar fin á este mi llanto; y por esto, mientras que viviere, lloraré siempre á mi único hijo, ni cesarán estos ojos míos de derramar lágrimas, hasta que la muerte los cierre y aparte de este cuerpo esta ánima desconsolada.» Replió el Santo: «Dígame, muger, que no te aflijas ni llores mas el hijo muerto, como si muerto fuese, porque no está muerto, sino vivo, y se está holgando con nosotros en la eterna vida: en

señal de la verdad que yo te digo, levántate de mañana á los maitines, y oirás la voz de tu hijo entre las de los monges que cantaren el oficio divino; y no solamente la gozarás mañana, pero todas las veces que te hallares presente á los divinos loores en la iglesia; cesa pues y pon fin á tus lágrimas, teniendo antes ocasion de grande alegría que de tristeza. Despertando la muger, esperaba con deseo la hora de maitines por enterarse de la verdad, quedándole todavia alguna duda de haberlo soñado. Venida la hora, entrando en la iglesia, reconoció la madre en el canto de la Antifona la voz suavísima del bienaventurado hijo, y segura ya de su gloria en el cielo, desechando de sí todo el dolor dió infinitas gracias á Dios, gozando de ella cada dia en los divinos oficios de aquella iglesia, consolándola Dios con esta ocasion y enriqueciéndola con este don.

Cuenta un autor (1), que andando un dia á caza un caballero, salió una fiera, y fué en su seguimiento solo, sin criado, porque los demas andaban ocupados en matar otras fieras. Y como la siguiese con gran codicia, alejóse mucho, y llegó á un bosque donde oyó una voz humana y harto suave: maravillóse de oír en un desierto tal voz, porque le parecia que no podia ser de sus criados ni de persona de aquella tierra. Deseando, pues, saber qué cosa fuese aquella, entró por el bosque adentro, y halló un leproso, espantoso en la vista y muy asqueroso, el cual tenia tales sus carnes que se iban deshaciendo en cada miembro y parte de su cuerpo. El caballero con tal vista quedó perplejo y espantado, empero tomando fuerzas y osadía, se llegó á él y le saludó con palabras muy dulces, y le preguntó si era él el que cantaba y que de dónde le habia venido voz tan dulce. Res-

(1) Flores de Enrique Gran. lib. 3, c. 68.

pondió el leproso: «Yo, señor, era el que cantaba, y tengo esta voz propia mía.» «¿Cómo puedes alegrarte, dijo el caballero, teniendo tantos dolores?» Respondió el pobre: «Entre Dios mi Señor y mí no hay otro medio sino esta pared de lodo, que es este mi cuerpo, y este rompido, y quitado este impedimento, iré á gozar de la vision de su Magestad eterna; y como veo que cada dia se va deshaciendo á pedazos, me gozo y canto con una alegría estraña de mi corazón, aguardando como aguardo el apartamiento de este cuerpo; porque hasta que le deje, no puedo ir á gozar de Dios, fuente viva, donde se hallan los manantiales que duran para siempre.»

San Cipriano cuenta de un obispo que, como estuviere en una grave enfermedad muy al cabo, y fatigado y solícito con la muerte que tenía presente, suplicase á nuestro Señor que le alargase la vida, aparecióle un ángel en figura de un mancebo muy hermoso y resplandeciente, y con voz grave y severa le dijo: «Por una parte temeis el padecer en esta vida, y por otra no queréis salir de ella; ¿qué queréis que os haga (1)?» dándole á entender que no agradaba á Dios aquella repugnancia de salir de esta vida. Y dice San Cipriano que le dijo el ángel estas palabras para que en su agonia las dijese y enseñase á los demas.

Cuenta Simeon Metafraste, y tráelo Surio (2), del santo abad Teodosio, que sabiendo el Santo de cuánto provecho es la memoria de la muerte, queriendo con esto dar ocasion á sus discípulos para su aprovechamiento, hizo que abriesen una sepultura, y abierta púsose con sus discípulos alrededor de ella, y díceles: «ya está abierta la sepultura; pero ¿quién de vosotros ha

(1) *Pati timetis, exire non vultis, quid faciam vobis? D. Cypr., lib. de Mortalit.*
 (2) *Surius, t. 1, fol. 237.*

de ser el primero á quien habemos de celebrar aquí las honras?» Tomó la mano uno de sus discípulos llamado Basilio, que era sacerdote y de gran virtud, y así estaba muy dispuesto y preparado para elegir la muerte con mucha alegría, é hincase de rodillas y dícele: «Bendíceme, Padre, que yo seré el primero á quien se han de hacer aquí los oficios de *Requiem*.» Él lo pidió, y el Santo se lo concedió. Manda el santo abad Teodosio que se le hagan luego en vida todos los oficios que se suelen hacer por los muertos, el primer dia, el tercero, el novenario, y despues otras honras á los cuarenta dias. Cosa maravillosa, al fin de las honras y oficios de los cuarenta dias, estando el monge Basilio sano y bueno, sin calentura ni dolor de cabeza ni otro mal alguno, como á quien le viene un dulce y suave sueño, pasó al Señor á recibir el premio de su virtud, y de la prontitud y alegría con que habia deseado verse ya con Cristo. Y para que se vea cuánto agradó á Dios esta prontitud y alegría con que este santo monge deseó salir de esta vida, á este milagro se siguió otro. Dice Simeon Metafraste que por otros cuarenta dias despues que murió, le vió el abad Teodosio que cada dia venia á vísperas y cantaba en el coro con los demas discípulos, aunque los demas no le veían ni le oían cantar, sino solo uno que era entre los demas muy señalado en virtud, llamado Aecio; este le oía cantar, pero no le veía. Y fuése al abad Teodosio y dícele: «Padre, ¿no oyes cantar con nosotros á nuestro hermano Basilio?» Respondió el abad: «Oígole y véole, y si quieres, yo haré que tú tambien le veas.» Y juntándose otro dia en el coro á los oficios, vió el abad Teodosio al santo monge Basilio cantando en el coro con los demas como solia, y muéstrasele con el dedo á Aecio, haciendo juntamente oracion pidiendo á Dios que abriese los ojos de aquel monge para que

él tambien le viese. Y como le vió y conoció, váse luego á él corriendo con grande alegría para abrazarlo; pero no le pudo coger, antes desapareció luego diciendo en voz que todos le oyeron: «Quedaos con Dios, padres y hermanos míos; quedaos á Dios, que de aquí adelante no me vereis.»

En la Crónica de la Orden de San Agustín (1) se cuenta de San Columbano, el mozo, sobrino y discípulo del santo abad Columbano, que como tuviese grandes calenturas y llegase á la muerte, y él lleno de grande esperanza desease morir, aparecióle un mancebo resplandeciente, y díjole: «Sábetete que las oraciones y lágrimas que tu abad derrama por tu salud, impiden que no salgas de esta vida.» Entonces querellóse el santo amorosamente á su abad, y llorando le dijo: «¿Por qué me fuerzas á vivir tan triste vida como esta, y me impides ir á la eterna?» Con esto el abad cesó de llorar y orar por él; y así, juntándose los religiosos y recibiendo los Santos Sacramentos, y abrazándole todos, murió en el Señor.

San Ambrosio (2) refiere de los de Tracia, que cuando nacían los hombres, lloraban; y cuando se morían, hacían gran fiesta. Lloraban los nacimientos y celebraban y festejaban el dia de la muerte: pareciéndoles, y con mucha razon, dice San Ambrosio, que los que venían á este mundo miserable, lleno de tantos trabajos, eran dignos de ser llorados, y que cuando salían de este destierro, era razon hacer fiestas y alegrías porque se libraban de tantas miserias. Pues si aquellos, siendo gentiles y paganos, y no teniendo conocimiento de la gloria que esperamos, hacían esto; ¿qué será razon que sintamos y hagamos los que, ilustrados con la luz de la fé, sabemos los bienes que van á gozar los que mueren en

(1) *Cron. Ord. D. Agust., Centur. 3.*
 (2) *Ambros. de fide Resurrectionis.*

el Señor? Y así con mucha mayor razon dijo el Sábio que «es mejor el dia de la muerte que el dia del nacimiento (1).»

San Gerónimo dice que por esto Cristo nuestro Redentor, queriéndose partir de este mundo para su Padre, dijo á sus discípulos que se entristecían: «No sabeis lo que haceis; si me amádes, antes os habíades de holgar, porque voy á mi Padre (2).» Y por el contrario, cuando determinó Cristo de resucitar á Lázaro, lloró (3). No lloró, dice San Gerónimo (4), porque era muerto, pues luego le habia de resucitar, sino lloró porque habia de tornar á esta miserable vida; lloraba porque aquel á quien habia amado y amaba tanto, habia de tornar á los trabajos de este destierro.

CAPITULO XXII.

De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en los trabajos y calamidades generales que nos envía.

No solamente habemos de tener conformidad con la voluntad de Dios en los trabajos y sucesos propios y particulares nuestros, sino tambien en los trabajos y calamidades generales de hambres, guerras, enfermedades, muertes y pestilencias y otras semejantes que el Señor envía á su Iglesia. Para esto es menester suponer que, aunque por una parte sintamos estas calamidades y castigos, y nos pesc del mal y trabajo de nuestros prójimos, como es razon; pero por otra parte, considerándolos en cuanto son voluntad de Dios y ordenados por sus justos juicios para sacar de ellos los bienes y provechos que él se sabe de su mayor gloria, nos podemos con-

(1) *Melior est dies mortis die natiuitatis. Eccl. VII, 2.*
 (2) *Si diligeretis me, gauderetis utique quia vado ad Patrem. Joann. XIV, 28.*
 (3) *Joann. XXXV.*
 (4) *Hieron. Epist. ad Tirasium.*

formar en ellos con su santísima y divina voluntad; á la manera que vemos acá en un juez que sentencia á uno á muerte, que aunque por una parte lo sienta y le pese de que aquel hombre muera por la natural compasión ó por ser su amigo; pero por otra parte dá la sentencia y quiere que muera, porque conviene aquello para el bien comun de la república. Y aunque es verdad que no nos quiso Dios obligar á que nos conformásemos con su voluntad en todas estas cosas, queriéndolas y amándolas positivamente, sino que se contentó con que las sufriésemos con paciencia, no contradiciendo, ni repugnando á la justicia divina, ni murmurando de ella; pero dicen los teólogos y Santos (1), que será obra de mayor perfeccion y merecimiento y mas perfecta y entera resignacion, si el hombre, no solamente lleva y sufre con paciencia estas cosas, sino las ama y las quiere en cuanto son voluntad y beneplácito de Dios y órden de la divina justicia y que sirven para mayor gloria suya, como hacen los bienaventurados en el cielo, los cuales en todas las cosas se conforman con la voluntad de Dios, como dice Santo Tomás (2), y lo declara San Anselmo (3) con esta comparacion: dice que en la gloria nuestra voluntad y la de Dios serán tan concordadas como lo son acá los dos ojos de un mismo cuerpo, que no puede el uno mirar á una cosa sin que el otro tambien la mire; y por esto, aunque la cosa se vea con dos ojos, siempre parece una misma. Pues asi como los Santos allá en el cielo se conforman con la voluntad de Dios en todas las cosas, porque en todas ellas ven el órden de su justicia y el fin de su mayor gloria á que van enderezadas, así será grande perfeccion que

nosotros imitemos á los bienaventurados queriendo que se haga la voluntad de Dios acá en la tierra asi como se hace en el cielo. Querer lo que Dios quiere, por la misma razon y fin que Dios lo quiere, nunca puede dejar de ser muy bueno.

De San Agustin refiere Posidonio en su vida, que estando la ciudad de Bona, donde residia, cercada de los vándalos, y viendo tanta ruina y mortandad, se consolaba con aquella sentencia de un sábio: «No será grande el que pensare que es gran cosa que las piedras y los edificios caigan y que mueran los mortales (1).» Con mas razon nos debemos nosotros consolar, considerando que todas estas cosas vienen de la mano de Dios y que es su voluntad, y que aunque la causa por que él envia estos trabajos y calamidades sea oculta, pero no puede ser que sea injusta. Los juicios de Dios son muy profundos, son un abismo sin suelo, como dice el Profeta (2), y no los tenemos nosotros de querer escudriñar ni investigar con nuestro bajo y corto entendimiento, que seria esa gran temeridad, porque ¿quién os hizo á vos de su consejo para que os querais entremeter en eso (3)? sino habémoslos de reverenciar con humildad, y creer que de saber infinito no viene ni puede venir sino cosa muy acertada; y tan acertada, que el fin de ella sea nuestro mayor bien y provecho. Siempre tenemos de ir creyendo de aquella bondad y misericordia infinita de Dios, que no enviaria ni permitiria semejantes males y trabajos si no fuese para sacar de ellos otros mayores bienes. Quiere Dios llevar por este camino al cielo á muchos, que de otra manera se perdieran. ¡Cuántos hay que

(1) Non erit magnus magnus putans quod cadunt ligna, et moriuntur mortales.

(2) Judicia tua abyssus multa. Ps. XXXV, 7.

(3) Quis enim cognovit sensum Domini? aut quis consiliarius ejus fuit? Ad Rom. XI, 34; et Isai. XL, 13.

(1) D. Bonav. I. sententiarum, dist. 48, q. 2 et alii.

(2) S. Thom. 2-2, q. 19, art. 10 ad 1.

(3) Anselm. lib. similitudinum, c. 63.

con estos trabajos se vuelven de todo corazon á Dios, y mueren con verdadero arrepentimiento de sus pecados y se salvan, y de otra manera se condenaran! Y asi lo que parece castigo y azote, es misericordia y beneficio grande.

En el libro segundo de los Macabeos, despues de haber contado aquella horrible y cruelísima persecucion del impiísimo rey Antioco, y la sangre que derramó sin perdonar á niño ni á viejo, ni á casada ni á doncella, y cómo despojó y profanó el templo, y las abominaciones que en él se cometian por su mandado, añade el autor y dice: «Yo ruego á todos los que leyeren este libro, que no desmayen por estos acacimientos adversos, sino que entiendan que Dios ha permitido y enviado todos estos trabajos, no para destruccion, sino para enmienda y correccion de nuestra gente (1).»

Dice muy bien San Gregorio (2) á este propósito, que la sanguijuela chupa la sangre del enfermo, y lo que pretende es hartarse de ella y bebérsela toda si pudiese; mas el médico pretende con ella sacar la mala sangre y dar salud al enfermo: pues eso es lo que pretende Dios por medio del trabajo y de la tribulacion que nos envia. Y asi como el enfermo seria imprudente si no se dejase sacar la mala sangre, mirando mas á lo que pretende la sanguijuela que á la intencion del médico, asi nosotros, en cualquier trabajo que nos venga, ahora sea por medio de los hombres, ahora sea por medio de otra cualquier criatura, no tenemos de mirar á ellas, sino al sapientísimo médico Dios; porque todas ellas le sirven á él de sanguijuelas y de medios para evacuar la mala sangre y darnos entera salud.

(1) Obsecro autem eos qui hunc librum lecturi sunt, ne abhorrescant propter adversos casus, sed reputent ea quae acciderunt, non ad interitum, sed ad correctionem esse generis nostri. II. Mach. XII.

(2) Greg. lib. 2 Mor. c. 32.

Y asi tenemos de entender y creer que todo nos lo envia él para mayor gloria y provecho nuestro; y aunque no hubiese en ello mas de querernos el Señor castigar en esta vida como á hijos, y no guardarnos el castigo para la otra, será esa gran merced y beneficio.

De Santa Catalina de Sena se cuenta (1) que estando ella muy afligida por un falso testimonio que la habian levantado, que tocaba en su honestidad, le apareció Cristo nuestro Redentor, el cual tenia en su mano derecha una corona de oro adornada con muchas margaritas y piedras preciosas, y en la siniestra otra corona de espinas, y díjole: «Amada hija mia, sepas que es necesario ser coronada de estas dos coronas en diversas veces y tiempos; por tanto, tú escoje cuál quieres mas, ó que en esta vida en que ahora vives seas coronada con esta corona de espinas y estotra preciosa te sea guardada para la vida que siempre ha de durar, ó que ahora te sea dada esta preciosa corona en esta vida, y para despues de tu muerte te sea reservada esta de espinas.» Respondió la santa virgen: «Señor, ya yo negué mi voluntad mucho tiempo há por seguir la tuya; por tanto, no pertenece á mí escojer; pero si tú, Señor, quieres que responda, digo, que yo siempre en esta vida escojo ser conforme á tu Santísima Pasion y por tu amor quiero abrazar siempre penas para refrigerio mio.» Y dicho esto, tomó la corona de espinas con sus propias manos de la mano del Salvador, y púsola con toda su fuerza sobre su misma cabeza, con tanta violencia, que las espinas se le horadaron toda alrededor, en tal manera, que de allí adelante sentia muchos dias actual dolor en la cabeza, de la entrada de las espinas en ella.

(1) In vita S. Cather. Sen., p. 2, c. 4.